

El arte de la aparición

Reyna Zavala



Image not found.

Capítulo 1

El arte de la aparición

—Bien, estoy aquí —dijo Angel con algo de tranquilidad y nerviosismo; no todos los días se entraba en la casa de un desconocido.

Apagó el motor del Camaro Z/28 y tan pronto confirmó la dirección mediante un mensaje de texto y comparó la casa con la de la foto de su amigo, decidió bajar del vehículo. La noche era más clara que nunca, la luna llena alumbraba hasta el más mínimo detalle del vecindario; eso lo inquietó. Alzó su teléfono y se dispuso a llamar a su amigo.

—¡Daniel! —susurró temiendo que alguien le fuera a escuchar—, no voy a hacer esto, olvídale. Me van a ver.

—Tranquilízate —contestó la voz con un tono suave—, te he dicho que los García no estarán en casa hasta que acaben las festividades; suelen salir a su casa de playa, yo mismo les vi empacar cuando fui a su casa e irse ayer mismo por la mañana.

—¿Y los vecinos? —preguntó más relajado.

—¿Ves a alguno por ahí?.

—No.

—Bueno, entonces, apresúrate a entrar. No te dejé manejar mi auto para que luego te acobardes.

Colgó su teléfono inteligente y lo guardó en su bolsillo. Después se apresuró sigilosamente a la parte trasera de la casa.

Minutos antes de estar frente a la casa de los García se encontraba en la celebración por el cumpleaños de Daniel. Él y sus amigos solían jugar a la botella y apostar una que otra tontería. Angel, se ganó el premio mayor: una vuelta en el coche nuevo de Daniel. Segundos después ganó un "castigo" mucho mayor: ir a la casa de los García que supuestamente estaba embrujada. Él no creía en espíritus y esto le pareció pan comido, pero entrar a una casa sin el permiso del dueño era algo de pensarse dos veces.

Luego de conseguir la llave a través de un falso macetero en una de las ventanas traseras; giró el picaporte y volteando a sus espaldas y mirar a todos lados en busca de "espías" decidió entrar.

Tomó su linterna y observó alrededor pensando en qué parte de la casa se encontraba la habitación de Julia, amiga de Daniel. El objetivo era tomarle una foto a la habitación para comprobar que estuvo ahí. La idea de ser espantado por un fantasma no le inquietaba en lo más mínimo. No descartaba que sus amigos le hayan seguido para hacer el trabajo de los supuestos espíritus, pero era lo que más miedo le daba; una persona en una casa era más sigilosa que cinco jóvenes algo ebrios y en busca de diversión.

Entre la abundante oscuridad y con paso sigiloso recorrió la cocina, la sala, el corredor y al final se dirigió a las escaleras. Nada en el camino le inspiraba el más mínimo nivel de tensión. Era una casa común y corriente, bastante parecida a la suya en el diseño, pero con mejor gusto de decoración. Sin duda, los García eran una familia culta y adinerada. El crujir de las escaleras y las luces de un vehículo que entraron por las ventanas e iluminaron algunas partes de la casa, lo sacó de balance. Segundos después, se rio de sí mismo al ver que las luces del vehículo que pasaban por la calle se alejaban, poniendo la casa de los García nuevamente en oscuridad.

Siguió su recorrido y su confianza aumentó a tal grado que se tomó la libertad de encender la luz de la habitación de Julia y husmear un poco los portaretratos antes de tomarse la foto de la evidencia. Apagó la luz y salió de la habitación con un sentimiento de aburrimiento, conformismo y con el orgullo en lo alto para preguntarles retóricamente a sus amigos dónde estaba el susodicho fantasma al que todo el vecindario temía.

Salió de la casa con aires de grandeza pensando en los ridículos testimonios que todos murmuraban en la escuela, en los pasillos, en los jardines e incluso en las reuniones de amigos ya una vez entraban en copas. Como siempre, él tenía la razón y todo el mundo le temía a lo inexistente. Todos eran presos de las inútiles creencias y la superstición.

—Pobres tontos —susurraba vacilante mientras se dirigía al Camaro para volver con sus amigos.

Bajo la luz de la luna y a través del cristal de la ventana del cuarto de Julia, le observaba una pequeña jovencita con algo de lástima. Al echar una última mirada a la casa, Angel pudo apreciarla con total claridad. Ella le sonrió mientras él la veía atónito. Su mirada era coqueta y penetrante, abrió su boca y movió sus labios. Angel pudo escucharla como si la tuviese al lado, sentía su aliento en su oído y su pequeña mano apretando su brazo.

—Pobre tonto —susurró dejando a Angel con un monumental escalofrío, el primero en su corta vida, ocasionado por un pequeño fantasma.

Angel pisó el acelerador.

Los fantasmas son traviesos, amantes de causar terror. Por capricho no suelen aparecerse a los incrédulos, les encanta la sangre ardiente fluyendo por los cuerpos de los interesantes y asustadizos creyentes. Tampoco suelen aparecerse cuando uno los busca, por el simple hecho de que su principal pasión es la cacería. De lejos te observan, sienten; ya sea tu miedo o tu incredulidad. Al sentir su mirada, giras tu rostro en busca de "espías". No ves nada, sigues tu camino. La pequeña fantasma sonríe, sabe que en el fondo tu corazón arde, ¿por qué?; sólo ella lo sabe. ¿Existirá un sexto sentido?, quizá. Vuelve a sonreír. Eres su presa y ya encontrará un momento, no cuando lo busques, si no, cuando menos te lo esperes. Entonces ejercerá su trabajo; el gran arte practicado siglo tras siglo, el arte de causar terror. Y para un fantasma: el arte de la aparición.